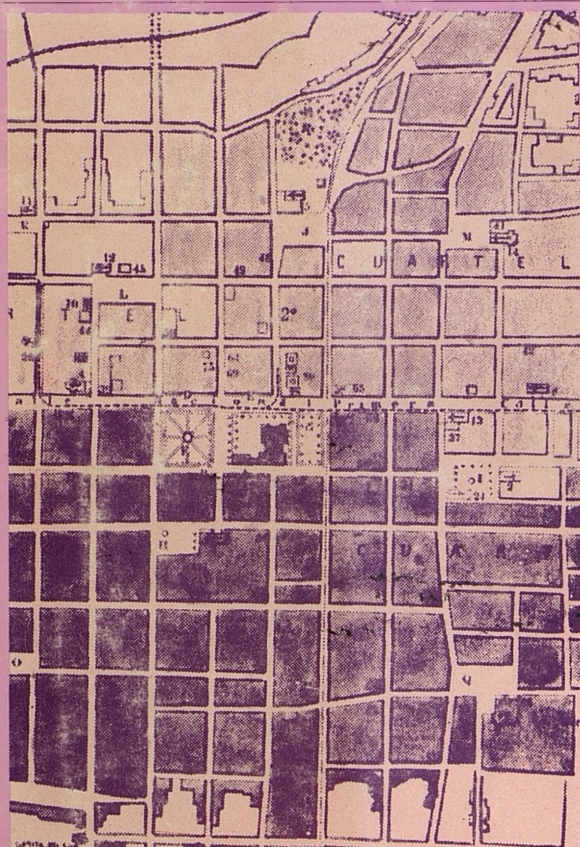


URBANIZACION Y DESARROLLO EN MICHOACAN



237

COORDINADOR
GUSTAVO LOPEZ CASTRO

URBANIZACION Y DESARROLLO EN MICHOACAN

COORDINADOR
GUSTAVO LOPEZ CASTRO

EL COLEGIO DE MICHOACAN
GOBIENO DEL ESTADO DE MICHOACAN

ÍNDICE

<i>Introducción</i> Gustavo López Castro	9
<i>Diagnosís preliminar para el estudio de la urbanización en las ciudades de Michoacán</i> Guillermo Vargas Uribe	13
<i>Zamora: el crecimiento de una ciudad agrícola</i> Eric Mollard	83
<i>Capitalismo y deterioro ambiental de la agricultura de riego en Zamora</i> S. Mario Pérez Morales	101
<i>Zamora, ciudad de rupturas. Lecturas del proceso de urbanización desde la vida cotidiana</i> J. Miguel Hernández Madrid	125
<i>La caña y la ciudad de Los Reyes</i> Cayetano Reyes García	137
<i>Del auge a la recesión: ciudad Lázaro Cárdenas "Revisited"</i> Daniel Hiernaux Nicolás	143
<i>Desarrollo urbano-industrial y transformaciones socioeconómicas en el valle de Zacapu</i> Gail Mummert	157
<i>Urbanización y conflictos sociales en Uruapan</i> J. Salvador Zepeda López	167

<i>Principales problemas urbanos de La Piedad</i> Héctor Castro Cortés	183
<i>Desarrollo urbano de Paracho y un acercamiento a los problemas del agua y la basura</i> Ma. de Lourdes Elías Amezcua	197
<i>Morelia la nunca bien ponderada</i> Xavier Tavera Alfaro	213
<i>Estudio preliminar sobre el deterioro socioambiental en la ciudad de Morelia: el caso del agua</i> Patricia Ávila García	233
<i>El desarrollo del capitalismo y la urbanización de Morelia, 1940-1980</i> Rogelio Hernández Venegas	261
<i>Morelia de ayer y de siempre</i> Francisco López Guido	287

ZAMORA, CIUDAD DE RUPTURAS. LECTURAS DEL PROCESO DE URBANIZACIÓN DESDE LA VIDA COTIDIANA

J. Miguel Hernández Madrid
El Colegio de Michoacán

Urbanización y modernidad.

Se ha vuelto de uso común el término *modernización* para referirnos a procesos que implican la formación de capital, desarrollo de fuerzas productivas, centralismo político, transición a regímenes democráticos, secularización de valores, y expansión de formas de vida urbanas, entre otros fenómenos. Sin embargo, es necesario recordar que este término no es sino la abstracción funcional del concepto de *modernidad*, acuñado a principios de siglo y sin nada que ver con el significado histórico y teórico que originalmente le asignaron Max Weber y Emile Durkheim.¹

La modernización en su acepción funcional ha servido para divulgar la ideología del progreso y del cambio evolutivo hacia un futuro mejor. Para esta ideología el pasado tradicional implica una situación de atraso y el presente o futuro modernos un momento de transición al progreso. Bajo esta perspectiva el estado de urbanización de una sociedad indica el grado de progreso en el que ella se encuentra en relación a las sociedades rurales tradicionales.² A pesar de que esta perspectiva sociológica estuvo de moda y fue muy criticada en la década de los setenta, llama la atención que diez años después se sigan utilizando las premisas del concepto funcional de modernización para analizar fenómenos urbanos en ciudades de provincia. El principal problema de este concepto reside en sus limitaciones para comprender las articulaciones históricas de procesos que se entretajan en diferentes tiempos y espacios, empezando por los de la vida cotidiana. Si retornamos a las raíces del problema que dio lugar al concepto de modernidad recordaremos que en la obra de Max Weber se trataba de comprender el surgimiento de la racionalización occidental. La modernidad era para Weber un proceso con dos significados históricos: el primero implicaba la destrucción de un mundo construido sobre principios religiosos que desembocaba en el predominio de una cultura profana; el segundo se trataba del surgimiento de la empresa racional capitalista y del aparato estatal burocrático. Ambos sistemas repre-

sentaban la institucionalización de la acción económica racional con arreglo a fines, que no era sino la expresión ética de la modernidad.³ En este contexto la urbanización fue, junto con la industrialización y el burocratismo, uno de los ejes materiales de la modernidad que transformaron radicalmente la vida cotidiana en las sociedades europeas al disolver sus formas tradicionales de vida.

Durkheim, más sensible al problema del impacto de la modernidad, identificó sus manifestaciones en la pérdida “cuasinatural” de las tradiciones que regían la vida cotidiana. Las normas de acción se universalizaron y desarraigaron de sus ámbitos donde cumplían una función de cohesión; los valores que forjaban identidades concretas se volvieron abstractos y relativizaron las acciones comunicativas entre las gentes para incrementar procesos de individualización extremos.⁴ Si bien el problema de la modernidad en los dos autores citados está referido al contexto europeo, ello no nos impide establecer un diálogo entre sus propuestas y nuestras realidades urbanas para comprender los procesos históricos que han forjado a las ciudades del Bajío Zamorano. Lo que propongo realizar en este trabajo son lecturas del proceso de urbanización en la ciudad de Zamora, Michoacán a partir de situaciones de la vida cotidiana que pudieran indicarnos las características que ha asumido la modernidad. Se trata por lo tanto de identificar coyunturas, fuerzas sociales y proyectos que han transformado el espacio urbano en función de la principal actividad de la vida cotidiana: la lucha por la sobrevivencia y la reproducción social de sujetos históricos concretos.⁵

La primera modernidad urbana: la de la Iglesia católica

En México no contamos con investigaciones que se hayan preocupado en analizar la relación entre ética religiosa y organización del espacio. Este es un tema que sociólogos e historiadores, norteamericanos y europeos han tratado con singular originalidad⁶ y quizás por ello es posible recuperar parte de sus propuestas para repensar el caso de las ciudades mexicanas. La ciudad de Zamora es un ejemplo interesante para una lectura todavía muy provisional de lo que ha sido la relación entre ética católica y organización del espacio físico y cotidiano. A riesgo de provocar una serie de preguntas difíciles de contestar, por el momento trataré de presentar un boceto de esta lectura.

Apoyados en los trabajos de Arturo Rodríguez, Luis González y Jesús Tapia⁷ podemos respaldar el argumento de que la historia social y cultural de Zamora y su región fue, hasta principios de siglo, la historia de la iglesia católica. Con ello me quiero referir a los procesos mediante los cuales esta institución mantuvo su hegemonía política en la región, incluso frente al

Estado; y también a los proyectos que produjeron y llevaron a cabo diferentes grupos de poder dentro de la institución. Quizá por el riguroso sistema de estratificación y control político que imperaba en el sistema eclesiástico fue posible mantener la continuidad y coherencia de muchos de estos proyectos a pesar de las contradicciones surgidas entre los grupos que los ejecutaron. De ser válida esta apreciación propongo a manera de hipótesis que el proceso de urbanización en Zamora hasta fines del siglo XIX, estuvo fuertemente influenciado por valores de la ética católica que se objetivaron en el ordenamiento y uso cotidiano del espacio para el culto religioso. En la colonia española el trazo de las ciudades que sirvieron de apoyo a las misiones de conquista espiritual y militar en el occidente del país mantuvieron un patrón simétrico de crecimiento, tal como lo ordenaban las Leyes de Indias. Según las “Ordenanzas reales sobre descubrimientos nuevos y poblacionales” la repartición de plazas, calles y solares debían iniciarse desde la plaza mayor “sacando las calles a las puertas y caminos principales, y dejando suficiente espacio libre para que aún cuando crezca la ciudad pueda extenderse siempre en forma simétrica”.⁸ En el mapa que realizó Jean Becat en 1982 para representar la expansión urbana de Zamora⁹ podemos apreciar el respeto de ese crecimiento simétrico de la ciudad hasta 1930. Es interesante observar que el edificio que sirve de frontera para indicar la ruptura con dicha simetría es la catedral inconclusa, cuya construcción fue interrumpida en 1918.

La fisonomía de la ciudad hasta principios del siglo XX era la de un poblado tradicional religioso en el que estaba claramente indicado a donde había que buscar a Dios. Por lo menos ocho templos de sólida construcción estaban destinados al culto y definían el territorio parroquial para la administración material y espiritual de la población; además de las escuelas, hospitales, y casas de formación. Zamora la ciudad “levítica”, no era diferente a otras ciudades en las que lo religioso fue el eje que definió la identidad de sus habitantes, la configuración de sus barrios, su extensión territorial, y el ritmo que debía seguir la vida cotidiana, casi siempre indicado por el tañido de las campanas.

De lejos -escribe Jean Meyer- la ciudad de Zamora se anuncia por las múltiples torres de sus iglesias; de lejos el pueblo se manifiesta por el campanario o las torres de su iglesia única. Los torreones dominan el paisaje y anuncian a los pueblos; la iglesia, en el centro del pueblo, domina un territorio. La extensión de la parroquia se confunde con la del municipio (cierto aún en el caso de Zamora hasta los años cincuenta) y fue la iglesia quién definió sus límites iniciales. Su clero, ayudado por las leyes, ocupó un rango privilegiado y sus instituciones permitieron durante mucho tiempo forjar lazos estrechos con el pueblo.¹⁰

Pero Zamora, a diferencia de otras ciudades con las características señaladas, tenía un rasgo particular, se trataba de un proyecto de ciudad: la ciudad episcopal, que por una parte recuperaba las utopías más antiguas de la iglesia católica: la ciudad de Dios; y por otra articulaba los intereses materiales y políticos del clero conservador que se estructuró en los diferentes gobiernos de los obispos zamoranos. Desde una perspectiva política el proyecto de "Ciudad Episcopal" fue una respuesta del clero zamorano al problema de la secularización y a la amenaza del liberalismo triunfante en otras partes del país. Este proyecto no consistió en un plan escrito, preciso en sus objetivos y operacionalización, sino en una serie de acciones destinadas a reforzar la educación religiosa de la población, la formación de sacerdotes bajo una rígida disciplina, y la definición de una pastoral social que diera solución a muchos de los problemas socio-económicos que afectaban a la región. Ignoramos si desde el gobierno de José Antonio de la Peña y Navarrete, primer obispo de Zamora (1864-1877), se contempló la idea de una configuración urbana en la tal ciudad episcopal; lo cierto es que la construcción de este proyecto a lo largo de tres gobiernos obispaes¹¹ precisó la fisonomía tradicional de la ciudad a través del seminario, conventos, escuelas, capillas, templos y finalmente la edificación de la catedral nueva (iniciada en 1901) que redefiniría el centro de la ciudad para reorientar su crecimiento simétrico hacia el oriente.¹² Lo interesante de este proceso es que la institución eclesiástica haya sido promotora de un tipo de racionalidad instrumental necesario para administrar los aspectos materiales de la ciudad episcopal (crecimiento de un aparato burocrático administrativo que hasta la fecha sigue funcionando en las instituciones educativas del clero) y la reproducción social e ideológica de sus cuadros religiosos. No tengo una definición conceptual de esta racionalidad tan diferente a la que describió Weber en el caso de la iglesia protestante europea: la acción económica con arreglo a fines; pero puedo distinguir una de sus características principales: ha sabido dar al César lo que le corresponde y a Dios lo que se le debe dar. Lo cierto es que esta dicotomía no es sino uno de los productos de la secularización que convirtió a la religión en una práctica privada y la desligó de las prácticas cotidianas necesarias para la reproducción social. En este sentido podemos identificar en el caso de Zamora uno de los problemas de la modernidad estipulados por Durkheim: la universalización de los valores que forjaban la identidad cotidiana del pueblo y su desarraigo de los ámbitos donde cumplían una función de cohesión. Las consecuencias de este cambio ético religioso en el proceso de urbanización comenzó a vivirse cuando la iglesia católica perdió su hegemonía política y social en la región.

La segunda modernidad urbana: la ruptura con el Antiguo Régimen

Aunque para algunos historiadores la entrada del general Amaro a Zamora en 1914 simboliza la destrucción de un proyecto social y urbano con tintes de progreso, lo cierto es que las manifestaciones de esta ruptura en la expansión de la ciudad no se manifestaron hasta ya entrados los cincuenta.

Si bien en lo que va del escrito he mencionado solamente a la iglesia en su relación con la ciudad, no hay que olvidar que este espacio fue también producido por hacendados, comerciantes, y trabajadores que tenían algún nexo con la agricultura. Los enfrentamientos ideológicos y políticos de los treinta y cuarenta entre hacendados, agraristas y curas, abrió canales de movilidad social que definió a nuevos sujetos en el escenario urbano. El reparto de las haciendas y la formación de ejidos fue otro factor que influyó en el crecimiento de la ciudad principalmente por la emigración desde el campo. Si volvemos a consultar el mapa de Becat citado anteriormente, podemos observar que en 1930 y 1950 el crecimiento de la ciudad no era todavía tan acelerado como lo sería dos décadas después. Aún así, Arturo Rodríguez Zetina escribía en 1952 sobre el peligro de invadir tierras de cultivo al oriente de la ciudad que pertenecían a los ejidatarios de Zamora.

¿Qué sucedió con la iglesia entre 1930 y 1950?, ¿existió un vacío de poder en la dirección rectora de la urbanización?, ¿fue un período de definición y estabilización de los nuevos grupos sociales?. El crecimiento acelerado, y hasta podríamos llamar “desbocado”, de la ciudad a partir de los sesenta no nos indica que exista ningún tipo de proyecto que tenga como objetivo el ordenamiento racional del territorio. Los contrastes entre el centro de la ciudad, cargado de significados históricos, en relación a los nuevos fraccionamientos de clase media y populares llegan a ser antagónicos y representativos de diferentes tipos de valores.

Si el proceso de urbanización dominante hasta principios de siglo trataba de mantener un equilibrio entre urbe y entorno natural, el posterior demuestra la ruptura de ese equilibrio y la depredación de la naturaleza; ella es tratada como una enemiga a la que hay que vencer. Y no se trata solamente de la invasión de tierras de cultivo y de la contaminación del agua y del aire; la violencia contra el espacio ha enraizado en un nuevo tipo de visión del mundo: el que trata a la parcela individual, a la manzana, a la calle y a la avenida como “unidades abstractas de compra-venta, sin el menor respeto por los usos y costumbres tradicionales, por las condiciones topográficas o por las necesidades sociales”.¹³ De una ética católica que valoraba y recreaba el espacio en función del culto a Dios hemos pasado a una ética instrumental muy individualista en la que el espacio está en función del interés económico inmediato. Es

interesante preguntarnos cuál es el nexo entre ambos tipos de éticas; pero más inmediato es respondernos sobre las consecuencias de esa ética instrumental que se asemeja a las conquistas que realizaron los primeros colonizadores puritanos en norteamérica para suprimir lo que no armonizaba con sus creencias (entre ellos los indios), en lugar de adoptarlo y transformarlo en función de un futuro.

Sincretismos urbanos

Un recorrido por los fraccionamientos y colonias populares de Zamora creados a partir de los sesenta nos impactaría por la contradicción de signos, trazos y adaptaciones que la gente ha realizado en sus calles, aceras y viviendas. Si le hicieramos caso a Lefebvre acerca de que la vida cotidiana es un texto de significados sociales,¹⁴ tendríamos que admitir que la cotidianidad urbana de Zamora es una disonancia de signos que difícilmente delimita lo que es “racional” y “moderno” de lo que es “tradicional” y “religioso”.

Los nuevos fraccionamientos tienden a cuadrricular el espacio no tanto para asemejarse al modelo simétrico del centro, sino para neutralizar la presencia de la naturaleza a través de un patrón de modernidad funcional. A simple vista el mapa actualizado de la ciudad nos indica el amontonamiento de callejones, cerradas y andadores en colonias donde bien podría haberse realizado un trazo con avenidas amplias y aceras donde pudieran transitar las personas. La acera en fraccionamientos de clase media como las Fuentes o Jardinadas es un símbolo de hacinamiento y de invasión al espacio que pertenece a “los otros”, a los que no habitan la casa que invade la acera. La casa habitación en estos asentamientos se ha convertido en un templo del progreso, templo en el que se exhibe el nuevo estatus de su dueño a través de materiales caros a pesar de que la construcción no sea funcional. La fresa, el comercio de productos agropecuarios, la migración y la “fayuca” han hecho fortunas en poco tiempo, pero no en el suficiente para madurar la cultura de los nuevos ricos. Las casas ostentosas y vacías que cubren la superficie de muchos fraccionamientos de la ciudad expresan en su arquitectura una especie de sincretismo que no se ha librado de la visión de mundo enraizada en el medio rural. En Las Fuentes podemos observar que al lado de algunas de estas casas hay terrenos donde sus dueños cultivan maíz y hortalizas. En barrios populares como La Libertad sus habitantes viven entre los problemas que se derivan de un fraccionamiento mal planeado y sin servicios públicos (agua, calles pavimentadas, abastecimiento de gas) y los ocasionados por las aguas negras que riegan las parcelas donde trabajan recolectando hortalizas. El factor común en todos estos fraccionamientos es la especulación de la

propiedad inmobiliaria, de las construcciones y de las rentas.¹⁵ La modernidad tampoco ha respetado el centro histórico de la ciudad. La mentalidad de la modernización ha definido al pasado como algo “empolvado”, “inservible” y nada práctico para hacer negocios. Por ello las casas de adobe y cantera son derrumbadas para construir edificios de cristal, plazas comerciales y estacionamientos. Al igual que con la naturaleza la modernidad extingue o neutraliza todo vestigio de memoria histórica, ya sea destruyendo sus símbolos o convirtiendo en monumentos los edificios que no puede destruir (el caso de los templos católicos). Pero la lectura cotidiana del paisaje urbano en Zamora quedaría incompleta sin las expresiones contestatarias de la población al proceso de modernidad. Expresiones hasta cierto punto anarquistas por espontáneas y rebeldes ante cualquier intento de “cuadricular” las relaciones humanas y de prescribir el uso del espacio. No sólo los *grafitos* de las bandas expresan esta rebeldía, también los festejos religiosos tienen algo de contestatarios. Al acercarse el 12 de diciembre es común encontrarse con calles cerradas para extender altares improvisados (incluso en el techo de un coche destartalado como el de la calle de Camichín en Las Fuentes) dedicadas a la Virgen de Guadalupe: en la colonia Ramírez todas las tardes se ven a los vecinos utilizar las banquetas y parte de la calle para impartir el catecismo a pesar del peligro de los coches que circulan. En el Duero los asistentes a un velorio llenan de sillas las banquetas inmediatas a la casa en duelo para acompañar a los familiares del difunto. Los peatones y ciclistas zamoranos se distinguen por desafiar con su vida las calles y avenidas en las que se desplazan a gran velocidad los vehículos de motor. Para el chofer que viene de fuera sigue siendo un enigma la terquedad de estos personajes para apropiarse con sus cuerpos de los espacios viales: pareciera que para ellos el ritmo de circulación sigue siendo el impuesto por las carretas y caballos de principios de siglo. La necesidad de sobrevivencia de los vendedores ambulantes y cargadores con carros de mano complementa la imagen anterior. Todos ellos se apropian de la calle a su manera y en ella establecen sus reglas a pesar de los intentos del gobierno para meterlos en orden. La calle se ha convertido en el nuevo espacio comunitario, todo lo que no se quiere que suceda en la casa se realiza afuera. A través de dibujos proyectivos entre niños y adolescentes de diferentes estratos sociales hemos registrado esta concepción de la calle que tiene mucho que ver con la moraleja: *farol de la calle y oscuridad de tu casa*. En la calle ocurre el juego, el chisme, las peleas, las fiestas y las manifestaciones religiosas. En el interior de la casa el espacio es sagrado para la familia, ahí no entran niños a jugar, ahí tienen prohibido los vecinos meter *las narices* en los asuntos propios (aunque siempre hay una manera de ingeniárselas para romper esta regla), en la casa no entra cualquiera; por eso entre los católicos

zamoranos se reprueba y sanciona con el desprecio y la calumnia a los que permiten la entrada a personas de otras religiones. Los *hermanos*, *aleluyas* y *testigos* que cada vez tiene mayor acción en la ciudad contradicen la relación espacial de culto que por mucho tiempo domino el ámbito de la ciudad: quién quiere estar con Dios va a la iglesia. Lo cierto es que la iglesia católica dejó por mucho tiempo abandonados estos nuevos territorios que han sabido conquistar otros grupos religiosos, es hasta los ochenta que la iglesia instrumenta un dispositivo pastoral para evangelizar y construir capillas en los fraccionamientos y colonias fundadas desde los setenta.¹⁶

Otro tipo de acciones que no se sumergen en el ritmo espontáneo de lo contestario son las luchas políticas que la gente ha emprendido para reclamar servicios de agua potable, luz, pavimentación y vivienda. En otro trabajo he descrito las características de estas luchas durante los ochenta¹⁷ por lo cual me limitaré a señalar una reflexión sobre su significado cotidiano ante la modernidad. Quizá uno de los logros más divulgados por los ideólogos políticos de la modernidad es la *transición a la democracia*, esto implica que estamos pasando de una situación en la que predominaba el autoritarismo institucional a otra en el que se respeta la soberanía ciudadana para elegir a sus representantes. No me detendré a analizar las implicaciones ideológicas de este mito, pero sí es necesario considerar el énfasis que pone esta perspectiva en que el modelo de democracia moderno es el de la democracia representativa.

Michoacán ha sido uno de los estados que durante los ochenta se vio sacudido por las confrontaciones electorales. Zamora no se ha quedado atrás, desde 1983 la sociedad civil ha participado activamente en los comicios electorales y en la lucha para que se respete su voto. De la misma manera en los fraccionamientos y colonias de clase media y populares, sus habitantes hicieron movilizaciones, demandas y tomas de calles para exigir a fraccionadores y autoridades municipales el cumplimiento de convenios y el funcionamiento de servicios públicos. En ambos tipos de lucha ha dominado la fuerte convicción de que los representantes de los ciudadanos son los que tienen la obligación de negociar y solucionar los problemas.

Aún es muy prematuro analizar si estas experiencias de lucha han formado una conciencia política que no se limite a delegar en otros las responsabilidades que debe asumir cada individuo para mejorar su realidad; la deliberación y participación de las personas sin necesidad de intermediarios es la esencia de la democracia directa que va más allá del dispositivo técnico para elegir autoridades.¹⁸ Pero parece ser que en Zamora se sigue en la creencia de que el intermediario (sea el sacerdote, el delegado de la colonia, o el gobernante) es quien tiene la responsabilidad de luchar por los intereses de la

colectividad. En 1991 volvemos a algunas de las colonias que se distinguieron por su combatividad en el reclamo de servicios y nos encontramos que siguen los problemas de agua, de calles sin pavimentar y de basura. Al interrogar a sus habitantes las respuestas coinciden: los encargados de los comités no han hecho nada y en algunos casos hasta se quedaron con el dinero de las colectas; la respuesta de las gentes fue muy individualista: prefirieron cavar pozos en sus viviendas, ignorar la basura en las esquinas (mientras no las tengan dentro de sus casas no hay problema) y quejarse de lo que no hacen las autoridades con la esperanza de que un día “todos nos cooperemos para solucionar el problema”.¹⁹

Más que conclusiones sobre esta rápida lectura de la cotidianidad urbana se requiere formular preguntas y orientaciones para responderlas. La modernidad que ha desbocado el crecimiento de la ciudad entreteje creencias y racionalidades de muy diverso tipo; el individualismo que fomenta como valor no logra su hegemonía, quizá porque Zamora es una pluralidad de espacios que han construido familias que saben de la solidaridad: tantas generaciones de migrantes al país del norte, tantas mujeres e hijos que deben aprender a sobrevivir sin el padre, tantos lugares comunes que le significan a la gente.

La modernidad nos enseña que ya no se puede dar marcha atrás, y eso lo sabe incluso una institución tan tradicional como la Iglesia. El problema consiste en descubrir y rescatar esos saberes contestatarios que la gente produce en la vida cotidiana, reto difícil si pensamos que nuestra cotidianidad la vivimos como rutina y a veces pesar. Pero el reto vale la pena porque a diferencia de las sociedades en donde la ética protestante estructuró una cultura de racionalidad instrumental, en nuestras culturas latinoamericanas todavía existen los elementos para vivir lo que un teólogo brasileño llamó “los valores del contacto directo, de la intimidad y la afectividad, de la creatividad y la fantasía, de la sencillez y la espontaneidad”.²⁰

Zamora al igual que otras muchas ciudades son los escenarios inmediatos en donde se tiene que proyectar esa lucha para producir un nuevo tipo de equilibrio entre el espacio y su gente, y lo más interesante del desafío es que ninguno de nosotros se pueda quedar como espectador.

NOTAS

1. El argumento sobre el divorcio entre los conceptos de "modernización" y "modernidad" los he retomado del capítulo 1 en el libro de Jürgen Habermas, (1989). *El Discurso filosófico de la modernidad*, principalmente de las páginas 11 a 15.
2. En una investigación de sociología urbana de principios de los sesenta se definía la urbanización como "el pasaje o mutación gradual de un estilo de vida rural a un estilo de vida urbano", ello implica: crecimiento de población, difusión y acceso a servicios públicos y mejores condiciones de vida. Ver: Jaime Dorselaer y Alfonso Gregory, 1962:11 a 13.
3. Habermas, *Op.cit.*:12.
4. *Loc.Cit.*
5. Definición de vida cotidiana tomada y sintetizada de Agnes Heller, 1977:Cap.1.
6. A manera de ejemplo citaré solamente tres ensayos que me han aportado importantes sugerencias para la elaboración de este trabajo, ellos son: Sennett (1990), Saunders (1985) y Urry (1985).
7. Rodríguez (1952). González (1984). Tapia (1986).
8. Citado por Sennett 1990:284. También son interesantes las observaciones de José Luis Romero sobre las primeras ciudades latinoamericanas: "quienes aceptaron la misión de ocupar el territorio y de fijar en él ciudades que les sirvieran de punto de apoyo, no tuvieron durante mucho tiempo una idea muy clara de los objetivos concretos que perseguían". Romero, 1976:46.
9. "La expansión urbana de Zamora" mapa elaborado por J. Becat y dibujado por Thierry Linck, en: *Estampas No. 4*, 1986:8.
10. Meyer, 1987:546.
11. El segundo obispo de Zamora fue José María Cázares y Martínez (1879-1909), y el tercero fue José Othón Núñez y Zárate (1909-1922). Ver la descripción de sus labores respectivas en: Arturo Rodríguez Z., *Op.cit.*, y en la monografía que elaboró José Luis Mata D. "Zamora, ciudad inconclusa", 1990.
12. Nelly Sigaut describe las características urbanas y arquitectónicas de este proceso en: "El Lenguaje arquitectónico de la ciudad: Zamora". ponencia presentada en El Colegio de Michoacán en 1990, 18pp.
13. Sennett, *Op.cit.*: 285.
14. Lefebvre, 1978:85 a 102.
15. Ver el artículo de Víctor M. Ortiz (1987) en el que se documenta y analiza con detalle el proceso de especulación inmobiliaria en Zamora y sus problema de vivienda.
16. En otro artículo analizo los pormenores de este proyecto eclesíástico que he denominado "restauración parroquial". Ver: Hernández, 1991a.
17. Hernández, 1991b.
18. Ver los conceptos de democracia representativa y democracia directa en Norberto Bobbio, 1986: 39 a 41.
19. Impresiones recabadas en la aplicación de una encuesta en la ciudad durante marzo y abril de 1991.
20. Leonardo Boff, 1982:23.

BIBLIOGRAFÍA

- BOBBIO, Norberto, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- BOFF, Leonardo, *San Francisco de Asís: ternura y vigor*, Santander, Sal Terrae, 1982.
- DORSELAER, Jaime y Alfonso Gregory, *La urbanización en América Latina*, Tomo 1, Madrid, FERES, 1962.
- GONZALEZ y González, Luis, *Zamora*, 2a. edic., Zamora, El Colegio de Michoacán/CONACYT, 1984.
- HABERMAS, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- HELLER, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977.
- HERNANDEZ Madrid, Miguel J., "La restauración parroquial: una respuesta de la iglesia católica zamorana al proceso de secularización en la década de los ochentas", en: *Relaciones*, No.45, Zamora, Mich. El Colegio de Michoacán, 1991 1a "La lucha por el espacio urbano en Zamora, Michoacán durante los ochenta" en *Estudios Michoacanos IV*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán (en prensa), 1991.
- LEFEBVRE, Henri, "Introducción a la psicología de la vida cotidiana" en: *De lo rural a lo urbano*, antología preparada por Mario Gaviria, Barcelona, Península, 1978, p.85 a 102.
- LINCK, Thierry (et al). *Población y poblamiento. Ocupación del espacio y migraciones. Cuadernos Estampas No.4*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1986.
- MEYER, Jean, "El pueblo y su iglesia" en Brigitte Boehm, coordinadora, *El municipio en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987, p.545 a 560.
- ORTIZ, Víctor Manuel, "Patología de las concentraciones humanas en la cabecera municipal. El caso zamorano", en Brigitte Boehm *Op.cit.*, 1987; p.526 a 539.
- RODRIGUEZ Zetina, Arturo, *Zamora, ensayo histórico y repertorio documental*, México, Jus, 1952.
- ROMERO, Jose Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, 2a. edic., México, Siglo XXI, 1976.
- SAUNDERS, Peter, "Space, the city and urban sociology", in: *Social relations and spatial structures*, edited by Derek Gregory and John Urry, London, Mc Millan Education, 1985, p.67 to 89.

- SENNETT, Richard, "Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante", en *Revista internacional de ciencias sociales*, No. 125, septiembre 1990, Cataluña, ONU/UNESCO, 1990, p.281 a 299.
- TAPIA Santamaría, Jesús, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del estado de Michoacán, 1986.
- URRY, John, "Social relations, space and time", Derek and Gregory, *Op.cit.*, 1985, p. 20 ta 48.